

EL BEATO PERE TARRÉS I CLARET Y LAS PÁGINAS FINALES DE SU *DIARIO DE GUERRA*

POR

JUAN BMS. VALLET DE GOYTISOLO

I

El 5 de septiembre de este año 2004, en Loreto, el Santo Padre Juan Pablo II, beatificó al médico, presbítero y apóstol de la juventud Pere Tarrés i Claret.

L'Osservatore Romano, en su edición semanal en castellano del 3 de septiembre, publicó de él la siguiente semblanza:

«Nació en la ciudad de Manresa el 30 de mayo de 1905, en el seno de una familia obrera. Era el mayor de tres hermanos. Cursó los primeros estudios con la ayuda de unas becas del Ayuntamiento de su ciudad natal. En 1921 se trasladó a Barcelona para estudiar Medicina, ya que en la profesión médica descubría, como el mismo afirmó, la gran manera de poder ayudar a los que sufrían. Hizo con gran brillantez los seis años de estudios universitarios y alcanzó el premio extraordinario de licenciatura, a los 23 años de edad.

«Amaba su profesión. Decía: «La medicina es el medio más adecuado para servir a Dios en los cuerpos y las almas de nuestros semejantes». Tenía un gran sentido de responsabilidad y se entregaba a los enfermos con una delicadeza y una caridad hasta el heroísmo, viendo en sus pacientes al mismo Cristo.

«Compaginó sus estudios y su misma profesión médica con actividades en la Acción católica y en otras organizaciones eclesásticas, siendo un apóstol celoso y un dirigente responsable. A

finales de 1931 entró a formar parte de la recién creada Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, un movimiento para jóvenes que sentían anhelo de renovación y veían la necesidad de un resurgimiento del espíritu cristiano. Tarrés entró en ella con la disponibilidad en él tan característica, y con su prestigio de médico, su profunda formación religiosa, su celo infatigable y su simpatía proverbial. Con su pequeño coche, que para él era un instrumento de trabajo, recorrió casi toda la geografía catalana para hablar abiertamente de Dios, de la Iglesia y de la vida cristiana, ante jóvenes congregados en actos generales comarcales o reunidos en grupos.

«Para él, como para muchos otros, el período de la guerra civil, de 1936 a 1939, fue una época de gran tensión y ruptura, que le obligó a abrir un paréntesis en su vida. Perseguido a muerte por sus convicciones cristianas, pasó más de un año refugiado en varias casas de Barcelona; estuvo diez meses en la vivienda de un familia que tenía una fábrica de sacos en un barrio de la vieja Barcelona. En su refugio rezaba, leía mucho, escribía y estudiaba. A mediados del año 1938 fue obligado a incorporarse como médico en el ejército republicano. Fueron meses de sufrimiento. Escribía día a día su "Diario de guerra" y en él ponía de manifiesto cómo vivía en el frente, dejando un valioso documento de la guerra con unos hechos referidos con toda veracidad y con plena objetividad, y a la vez reflejaba el espíritu de un cristiano que mantiene su fe.

«El 29 de septiembre de 1939, al terminar la contienda, ingresó en el seminario, impulsado por su amor y entrega a los demás. Recibió la ordenación sacerdotal el 30 de mayo de 1942. En la vigilia de ese día anotó en su "Diario íntimo": "¡Señor, mañana, sacerdote! No puedo escribir todos mis pensamientos. ¿Propósitos? Uno, Señor. Sacerdote santo. Cueste lo que cueste".

«A los pocos días recibió su primer destino como coadjutor del pueblo de Sant Esteve Sesrovires. Estuvo allí diecisiete meses. Al marcharse, escribió en su diario: "He trabajado, eso sí, tanto como he podido". En el pueblo quedó una huella profunda de su paso, que culminó, al año de su muerte, con la dedicación a su nombre de la plaza mayor y la colocación de una lápida en la pared de la iglesia.

«En 1943, por deseo del obispo, interrumpió sus trabajos apostólicos para completar sus estudios teológicos en la Universidad pontificia de Salamanca, obteniendo la licenciatura. Con toda sencillez, como declaran sus compañeros, dio testimonio de su profunda vida interior y de su alegría y atención a los demás.

«Con su retorno a Barcelona empezaron para el presbítero Tarrés cinco años de un apostolado incansable. Abarcaba campos muy diversos: vice-consiliario diocesano de los jóvenes de Acción católica, capellán de las religiosas Franciscanas Concepcionistas del Poble Sec, consiliario de los centros de Acción católica femenina de señoras y jóvenes de Sarriá; posteriormente, fue nombrado director del Secretariado diocesano de beneficencia; director de la Obra de la Visitación; también consiliario de los «*Antics escolars*» de Montserrat; profesor y consiliario de la Escuela católica de enseñanza social; capellán del hospital de «La Magdalena», destinado a mujeres en fase terminal por la prostitución o la extrema miseria moral. Y todavía le quedaba tiempo para asesorar a la Junta de protección de la mujer. Fue nombrado confesor ordinario del seminario conciliar. Una tarea ardua y amplia. El bien que sembró es incalculable. Sus jornadas, saturadas de actividad, eran abrumadoras; su descanso, breve; su oración, mucha e intensa.

«Se preocupaba por los más necesitados de su tiempo: las familias que vivían en los suburbios de la gran ciudad, y por los enfermos de tuberculosis, enfermedad muy extendida en aquellos años. Siendo director del Secretariado diocesano de beneficencia —entidad que precedió a la futura Cáritas— fundó el Organismo benéfico antituberculoso para ayudar a estas personas. Con la colaboración de un amigo, también médico, fundó la clínica sanatorio Nuestra Señora de la Merced, como respuesta al considerable número de enfermos tuberculosos que acudían al Secretariado de beneficencia para pedir ayuda, y no tenían posibilidad de entrar en algún sanatorio.

«A los siete años de su ordenación y de agotador apostolado, durante los primeros meses de 1950 el reverendo Tarrés sintió que su salud se debilitaba cada vez más. Cayó gravemente enfermo de cáncer, dando un admirable ejemplo de caridad y acepta-

ción de sus intensos sufrimientos, que ofrecía por la santificación de los sacerdotes. Dio una verdadera lección de fortaleza, lo cual fue causa de gran admiración y ejemplo para los médicos y enfermeras que lo atendieron, para los sacerdotes amigos y para los mismos enfermos del sanatorio. Decía: "Me preparo para morir como un buen sacerdote. ¡Oh el sacerdocio! Después de la creación, es lo que he hallado más grande en la tierra. En él lo he encontrado todo. Ahora celebro mi última misa; es la mejor y la más solemne. ¡Qué grande es la dignidad sacerdotal! ¡Qué gozo haber podido ser sacerdote y morir en continuo acto de amor y de sufrimiento, como un presente digno del Padre del cielo".

•Murió el 31 de agosto de 1950, a los 45 años. En su lápida está gravada una síntesis de su vida: "Su juventud fue una llama de apostolado y una glosa viviente de la pureza; su profesión médica fue siempre un sacerdocio y su vida sacerdotal una locura de amor a Dios y a las almas".

II

En sus memorias tituladas *Mi diario de guerra 1938-1939*, escrito y publicado en catalán, después de varias ediciones, fue traducido y publicado en castellano por Editorial Casals, Barcelona 1987, con un prólogo de S.E. Dr. Narcís Juvany, entonces Cardenal-Arzbispo de Barcelona. En ese prólogo destaca de su *Diari de guerra*, «la vivencia detallada de la terrible y durísima vida en el frente de guerra, con sus violencias, sus angustias, sus miedos, sus heroísmos y bajezas, los recuerdos familiares de los soldados y sus ansias de paz, etc. El Diario describe, con lenguaje ágil y estilo muy expresivo, todo cuanto vivió aquel médico ejemplar en un ambiente tan inhumano.

•Lo más importante del Diario es que en él se refleja claramente la riquísima personalidad humana y cristiana del doctor Tarrés. Este poseía un gran corazón, que completaba su competencia profesional. ¡Con qué amor recuerda a su madre, residente en Barcelona, a la cual escribía con frecuencia! También piensa en las madres de los soldados, angustiadas por la ausencia de

sus hijos que estaban en el frente. ¡No pocas los llorarían toda la vida, porque morirían en el campo de batalla! Trató a los heridos con gran solicitud y tuvo para sus compañeros en el puesto de socorro las mejores delicadezas. Todos le respctaban y todos le querían aunque algunos conocían o sospechaban sus ideas religiosas. El teniente médico dio testimonio de una caridad que no distinguía ni menospreciaba a nadie.

III

Aquí interesa reproducir el final del Diario, cerrado el 26 enero 1939:

«Son las cuatro de la tarde. Vivimos momentos únicos. Momentos de emoción sublime. Saltaría de gozo. Lloraría de alegría. Radio Zaragoza ha dado ahora mismo la noticia de que Barcelona ha sido totalmente rodeada y que ya han comenzado a entrar. Discursos. Gritos de "Barcelona" y "Cataluña". España y el mundo entero están pendientes de las noticias que se van dando, Barcelona reconquistada para España y para Cristo. Barcelona liberada del infierno rojo. El marxismo, bajo todos los aspectos, ha sufrido el golpe más decisivo. Cataluña. Cataluña está ya salvada. Horas históricas. Estamos conmovidos. Aquí con la familia Casanelles y con los amigos Pallarols y el padre Evangelista estamos emocionados junto a la radio. Las ametralladoras todavía suenan. Algún cañonazo retumba en nuestro cielo. Radio Asociación da música. La aviación sobrevuela la ciudad, a baja altura.

«Dios mío, ¿es posible que llegue la hora de la liberación? ¡*Benedicite omnia opera Domini Domino!* Cuando todo parecía hundido. Tú has resurgido lleno de gloria. ¡Señor, es tu gloria lo único que me interesa, la única cosa por la cual late mi corazón! ¡Dios mío, Dios mío, gracias por haberme permitido presenciar tanto gozo, la alegría de un pueblo que resucita! ¡Dios mío, Dios mío! ¡*Laudate Dominum!*»

«A las cinco de la tarde, en medio de una emoción indescriptible, Radio Asociación de Cataluña ha señalado la entrada del Ejército Nacional liberador de España en las Ramblas. Ha sido

algo grandioso. A los gritos de "Arriba España" y "Viva Franco", con la voz fatigada, casi sin aliento, han anunciado a los cuatro vientos la conquista de Barcelona. Las lágrimas casi han asomado a los ojos. La emoción y el entusiasmo populares que se han lanzado a la calle han sido formidables. No he podido resistir la alegría; me he puesto el traje de paisano y hemos salido a la calle con los amigos Casanelles y Pedrerol. La gente aclamaba por la calle a las tropas y las columnas motorizadas que iban llegando, aclamando a Franco y a la España única, libre y grande. Nos abrazábamos en plena calle. La gente te paraba en medio de felicitaciones y gritos de alegría. Abrazos, besos, lágrimas. ¡Dios mío, qué admirable! ¡Ha sufrido tanto Cataluña! ¡Ha llegado la hora de su liberación! He ido a casa y hemos rezado una estación al Santísimo. Hemos ido a casa de Pedro Llumá, mosén Pedro Llumá, y de allí con Rof y Bassols a casa del padre Torrents, que nos ha recibido lleno de alegría.

«¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo, Dios de amor!

«¡Viva la Virgen de Montserrat! ¡Viva la Purísima e Inmaculada Concepción, patrona de España!

«Me he sentido profundamente español y nunca como hoy me sale del corazón un grito bien alto de:

«¡Viva España! ¡Viva Cataluña española! España está destinada a ser una gran fuerza. Ella será el nuevo hogar del cristianismo. Dios mío, ilumina a Franco y los otros dirigentes, para que todos sus actos estén informados por las doctrinas de amor y de paz cristianas, como hasta ahora.

«¡Dios mío, salva a la Patria! Te ofrezco todos los sufrimientos y angustias padecidos hasta ahora. Por nada del mundo querría cambiar esta satisfacción de haber sufrido por amor a Ti. Que estos años de sufrimientos sirvan para tu gloria y para la santificación de mi alma.

«Los generales del Ejército han pronunciado ahora una alocución formidable, que ha encendido nuestro corazón, hablando de amor, de paz y de justicia.

«Virgen María, Madre mía, contempla la gloria de tu Hijo. Reina de España, continúa velando por nuestra Patria. Reina nuestra, que pronto los templos canten tus glorias. ¡Aumenta mi

vocación, auméntala mucho, mucho! Hazme un gran apóstol de tu Hijo y de tus grandezas. ¡Dios te salve, María! Madrecita mía, consuela a las familias a las que les faltarán tantos seres queridos que contemplan nuestra alegría desde el cielo. Que ellos continúen velando por la salvación de la Patria. Madre mía, consuela a tantas madres desoladas, tantas hermanas, tantas esposas viudas, tantos huérfanos...

«Jesús mío, te ofrezco a Ti todo este sufrimiento, este sufrimiento colectivo, toda la sangre derramada, todo el dolor de tus hijos; y la vida de tantos inocentes y de tantos amigos...

«Los desgraciados de la CNT-FAI están resistiendo todavía. Es cosa de pocas horas. Que Dios se apiade de ellos.

«¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España cristiana! ¡Viva Cataluña española!

«Y pongo fin a mi Diario de guerra».